

Desear menos

Vivir con el minimalismo

KYLE CHAYKA

Traducción de María Antonia de Miquel

Título original: *The Longing for Less*

Copyright © Kyle Chayka, 2020

«This edition is published by arrangement with Frances Goldin Literary Agency Inc. through International Editors' Co.»

© de la traducción: M.^a Antonia de Miquel, 2021

© de esta edición: Gatopardo ediciones S.L.U., 2021

Rambla de Catalunya, 131, 1^o-1^a

08008 Barcelona (España)

info@gatopardoediciones.es

www.gatopardoediciones.es

Primera edición: enero de 2021

Diseño de la colección y de la cubierta: Rosa Lladó

Imagen de la solapa: © Gregory Gentert

Imágenes de interior: pág 13: Interior de la Casa Eames © Edward Stojakovic, 2014; pág 81: *15 obras sin título en hormigón* de Donald Judd © Carol M. Highsmith, 2014; pág 157: El bosque alrededor de la sala de conciertos Maverick, donde se estrenó *4'33"*, de John Cage © Kyle Chayka; pág 225: Interior de una habitación en Yumiya Komachi, Kioto © Kyle Chayka; pág 299: El jardín de las rocas en Ryoan-ji, Kioto © Kyle Chayka

ISBN: 978-84-123021-7-2

Depósito legal: B-15543-2021

Impresión: Reinbook serveis gràfics, S.L.

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Para mis padres, Marguerite y Paul

A quien

Ningún tema

Ninguna imagen

Ningún gusto

Ningún objeto

Ninguna belleza

Ningún mensaje

Ningún talento

Ninguna técnica (ningún porqué)

Ninguna idea

Ninguna intención

Ningún arte

Ningún sentimiento

Ningún negro

Ningún blanco (ningún y)

JOHN CAGE, «A quien» (1953)

REDUCCIÓN



Interior de la Casa Eames en el 203 North Chautauqua Boulevard,
en el vecindario Pacific Palisades de Los Ángeles.

Cuando Sonrisa Andersen era niña, su hogar era un caos. A los ocho años, sus padres se separaron y ella se trasladó a Colorado Springs con su madre. Con el paso del tiempo, comprendería que su madre era una acaparadora compulsiva. Quizás se debiera a la amargura por el fracaso de su matrimonio, o quizás se tratase de un hábito que fue empeorando a medida que su madre se hacía más dependiente de las drogas y el alcohol. Sobre la mesa de la cocina había pilas de ropa que llegaban hasta el techo, prendas donadas gratuitamente por iglesias u organizaciones benéficas, que a veces ni siquiera eran de la talla adecuada, y a veces aún sucias. La abuela de Andersen, con su mejor intención, les había procurado muebles rescatados de la calle, que se iban amontonando. Sobre las encimeras y por todo el suelo de la cocina se desparramaba una avalancha de cazuelas y sartenes, más de las que podrían usar nunca. Su madre arramblaba con cualquier cosa que pudiera conseguir gratis o muy barata, la llevaba a casa y la dejaba por ahí.

De pequeña, Andersen trataba de ponerlo todo en orden, pero sin demasiado éxito. Se convirtió en una experta en capacidad organizativa, encontrando un lugar para cada cosa. Conseguía mantener el orden en su espacio propio,

pero al otro lado de la puerta de su dormitorio persistía el caos. La familia era pobre; si hubiese sido más sensata, su madre podría haber comprado solo lo necesario, pero en cambio la pobreza suscitó en ella una mentalidad de asedio. Un suéter, una silla, una bandeja de horno: uno nunca sabía qué cosas no podría reemplazar si las desechaba. La perspectiva de desembarazarse de algo llevaba aparejada una sensación de riesgo que lo hacía insoportable.

Andersen era consciente de que si quería que sus circunstancias cambiasen era preciso irse de casa. A los diecisiete años se alistó en las Fuerzas Aéreas y se fue a Nuevo México para conseguir, más tarde, otro destino militar de vuelta en Colorado. Su carrera la llevaría a Alaska y luego a Ohio, donde actualmente reside con su marido, Shane, y trabaja como técnico de fisiología aeroespacial. Pero la ansiedad del agobiante entorno de su hogar nunca la abandonó. El desorden se volvía a colar sigilosamente, a pesar de que ahora ella creía tenerlo controlado.

Se dio cuenta de que ella y Shane poseían dos cafeteras en vez de una. Jarroncitos de Ikea y otros objetos decorativos diversos ocupaban todas las superficies posibles. Sin saber cómo, en su cocina aparecieron diez espátulas. Había aparatos comprados por internet, montones de material para hacer álbumes y *souvenirs* de las maratones que había corrido. De vez en cuando pagaban con tarjeta de crédito un traje, una televisión o un teléfono móvil. A principios de 2016, cuando Andersen tenía treinta años, uno de los dos todoterrenos de la pareja se averió sin remedio y lo dejaron abandonado en el camino de entrada. De modo que se hicieron con un tercer coche mediante *leasing*, lo que vino a sumarse a todos sus demás gastos. Tenían demasiadas cosas y demasiadas deudas que no podían pagar. No sabía cómo hacer para evitar repetir el patrón establecido por su madre ni cómo sortear el peligro de acumular cada vez más y más.

Andersen deseaba tener todo aquello de lo que había carecido en su infancia, las comodidades de que disfrutaban sus colegas y vecinos. Quería ser como las personas que salían en los anuncios, con sus salones immaculados de revista de decoración. «Ves que la gente a tu alrededor tiene todas esas cosas —la casa, el coche, la lavadora-secadora— y te parece que son felices, y que eso es lo que los hace felices —confesó—. Compras y compras sin parar, creyendo que eso forma parte de tu vida ideal.» Cada nueva adquisición le procuraba una pequeña descarga de dopamina, que se desvanecía en cuanto la había desempaquetado y empezaba a ocupar sitio.

De modo que hizo lo que haría cualquier *millennial* y buscó en Google una solución al estrés. Esta búsqueda la condujo a una serie de blogs sobre «minimalismo»: un estilo de vida que consiste en vivir con menos y ser feliz con lo que ya posees, siendo más consciente de ello. Los bloggers minimalistas eran hombres y mujeres que, como ella, habían tenido una revelación como consecuencia de una crisis personal de consumismo. Comprar más no había logrado hacerlos más felices. En realidad, era una trampa; necesitaban establecer una nueva relación con sus posesiones, lo que por lo general comportaba deshacerse de la mayoría de ellas. Tras haber pasado por un proceso de «minimalización» y haberse desprendido de todo lo que podían, los bloggers mostraban con orgullo sus apartamentos vaciados —estantes abiertos en la cocina con solo unos cuantos platos, armarios en los que colgaban una pocas prendas de un solo color— y compartían las estrategias que empleaban para no poseer más de cien objetos. Sus consejos les reportaban una audiencia de gente igualmente insatisfecha, y ellos se aprovechaban de su condición de expertos en minimalismo para pedir donaciones o vender libros. Entre todos, la más famosa era Marie Kondo, una gurú japo-

nesa del orden cuyos libros, que llenaban los anaqueles de todas las librerías del país, se vendían por millones. El principal mandamiento del kondoísmo era que había que desprenderse de todo lo que no «produzca felicidad», una expresión que se convertiría en proverbial.

Lo que el colectivo de bloggers llamaba «minimalismo» consistía en una especie de simplicidad cultivada, un mensaje moral combinado con un estilo visual particularmente austero. Era un estilo que estos exhibían ante todo en Instagram y en Pinterest (donde Andersen se hizo un tablero con la etiqueta #minimalismo), dos redes sociales que animan a acumular objetos aspiracionales digitales, cuando no físicos. Dentro de la imaginería minimalista podían distinguirse unos cuantos sellos distintivos: azulejos blancos lisos, similares a los del metro, mobiliario de estilo escandinavo moderno de mediados del siglo xx, y prendas fabricadas con tejidos orgánicos de marcas que prometían que nunca necesitarías comprar más de un artículo de cada tipo. Junto a los productos había memes monocromos con eslóganes como «Posee menos cosas. Encuentra más objetivos» y «Cuanto más tires, más encontrarás». El minimalismo era tanto una marca con la que sentirse identificado como una forma de enfrentarse al desorden.

Andersen se compró los libros minimalistas y escuchó los pódcast. Influenciada por ellos, eliminó todo lo que adornaba las paredes de su domicilio, limpió de cachivaches todas las superficies, y colocó muebles hechos de madera de pino clara para que las habitaciones resplandeciesen al sol. Ahora que no compraban cosas nuevas, la pareja tenía suficiente dinero para pagar sus deudas y los préstamos de estudiante de Shane. El efecto resultó refrescante tanto mental como físicamente; Andersen sintió que se había quitado un peso de encima, y el motivo iba mucho más allá de la ausencia de desorden. Empezó a adquirir cierta

fama entre sus amistades por su identidad minimalista. Por Navidades, su jefe le regaló un adorno y le dijo en broma que no le estaba permitido venderlo en eBay para sacárselo de encima, pero eso es lo que ella pensaba hacer de todos modos. El minimalismo requería disciplina. Le costó todo un año decidir si debía gastar veinte dólares en una nueva taza de cristal para el café para llevar. (Lo hizo, y valió la pena.) Sentía que había conseguido romper el hechizo que el consumismo había ejercido sobre ella. «No tienes que querer cosas —decía—. Se parece a una meditación, es casi como repetir un mantra.»

Andersen estaba convencida de que su traumática infancia no era la única responsable. Algo funcionaba mal en lo que había sido el sueño americano de materialismo exitoso.

Conocí a Andersen en 2017 en Cincinnati, donde ambos asistíamos a una conferencia sobre minimalismo que se celebraba en una sala de baile de la localidad, con sillas plegables dispuestas en filas sobre un suelo pegajoso de cerveza seca. Tenía un aire de compostura y confianza en sí misma que procedía de las experiencias por las que había pasado, mezclado con cierta timidez. No había nada superfluo en su forma de comportarse. En este sentido, era lo opuesto a los dos hombres treintañeros que habíamos ido a ver, un par de blogueros entusiastas, llamados Joshua Fields Millburn y Ryan Nicodemus, que en 2010 habían empezado a autodenominarse The Minimalists. Ambos habían disfrutado de sueldos de cientos de miles de dólares como ejecutivos de marketing tecnológico, pero al verse asediados por crecientes deudas y problemas de adicción le dieron al botón de *reset* y se dedicaron a bloguear, relatando cómo se deshicieron de todo y empezaron de nuevo.

The Minimalists autopublicaron libros y acumularon millones de oyentes en su pódcast. En 2016, Netflix compró

un documental realizado por ellos que mostraba prácticas minimalistas en diversos lugares de Estados Unidos. Ese fue el punto de inflexión; la mayoría de los fans con los que hablé en Cincinnati citaban esa película como su momento de conversión al minimalismo.

Millburn y Nicodemus, ambos vestidos de negro, emprendieron su gira «Menos es Ahora», un recorrido a escala nacional por teatros y salas de baile, donde audiencias de centenares de personas acudían a escuchar el mensaje de que «las cosas más importantes de la vida no son en realidad cosas», tal como Millburn proclamó desde el escenario aquella noche. El local estaba repleto de parejas y familias, así como de gente que había acudido sola: mujeres que querían que sus maridos fuesen más ordenados, dependientes que lamentaban tener que vender productos que la gente no necesitaba y escritores que deseaban lanzar sus propios blogs minimalistas. Antes de reunirse presencialmente, estos fans se habían conocido a través de grupos temáticos de Facebook, donde intercambiaban consejos para hacer limpieza, criticaban la disposición de los armarios de los demás y buscaban apoyo emocional. («¿Cómo puedo evitar que la gente se enfade conmigo por tirar cosas?»)

Lo que todos tenían en común era alguna variante de la incomodidad esencial de Andersen. Les parecía que, si comprar más cosas se había convertido en una fuente de estrés en vez de proporcionarles confort y estabilidad, si hacían lo contrario tal vez serían más felices. De modo que se deshacían de bolsas llenas de basura.

En mi calidad de periodista, había estado siguiendo el auge de este movimiento minimalista y del estilo que produjo, pero su vigor aún me sorprendía. Se trataba de una nueva actitud social que tomaba el nombre de lo que en sus orígenes fue un movimiento artístico de vanguardia surgido en el Nueva York de los sesenta. ¿Cómo era posible? Al

contrario del Pop Art, por ejemplo, el arte visual minimalista sigue sin ser popular entre el gran público, y sin embargo ese término se había convertido en una etiqueta viral.

Y no era una moda solo para ricos o para la élite cultural. Allí en Cincinnati había tanto personas que vivían en barrios residenciales como estudiantes de instituto y jubilados, y todos ellos explicaban cómo habían adoptado el minimalismo. Millburn y Nicodemus me contaron que tenían fans en lugares tan remotos como la India o Japón. Al finalizar la conferencia, los asistentes formaron una cola que serpenteaba por todo el local para conseguir que los gurús les firmasen sus obras, a la vez que les recomendaban regalarlas luego a alguien para no añadir un libro más a los que ya tenían en las estanterías. Nunca se puede minimizar demasiado: «Menos es más», como reza el dicho popular.

Sin embargo, no está claro exactamente cómo el menos se convierte en más. El proceso de reducción del minimalismo se sobreentiende: uno recorta, desecha, hace una selección consciente. ¿Y luego qué? ¿Acaso el espacio vacío resultante deja sitio para que algo distinto ocupe su lugar? ¿O es que cuando un minimalista llega a un punto determinado de no-tener alcanza un nuevo estado de gracia, tan completo en sí mismo que no hace falta más?

A lo largo de los dos años siguientes, el minimalismo no hizo más que cruzarse en mi camino, en diseños de hotel, marcas de moda y libros de autoayuda. «Minimalismo digital» se convirtió en una expresión que indicaba que uno procuraba evitar el agobiante diluvio de información de internet y trataba de no consultar su móvil con tanta frecuencia. Y cuando volví a encontrarme con Andersen hace poco, supe que había abandonado su grupo local de Facebook minimalista y había dejado de escuchar los podcasts de The Minimalists cada semana. No se trataba de que

ya no creyese en el minimalismo. Este se había convertido en parte integral de su vida, en el fundamento de su actitud hacia todo lo que la rodeaba. Pero había observado que a veces era más una moda que una disciplina: a algunas personas les gustaba más hablar del minimalismo que ponerlo en práctica.

Por un lado, estaba la fachada del minimalismo: su marca y su aspecto visual. Por el otro, la infelicidad que se encontraba en su raíz, causada por una sociedad que te dice que más será siempre mejor. Cada anuncio de un nuevo producto insinuaba que no debía gustarte lo que ya tenías. A Andersen le llevó mucho tiempo comprender la lección: «No había nada malo en nuestras vidas, nada en absoluto».

Cuando empecé a trabajar en este libro, a diferencia de Andersen, no me consideraba minimalista. Siempre que alguien me preguntaba si lo era, tenía que pararme a pensarlo. No es que creyese que el minimalismo era algo malo. En los Estados Unidos del siglo XXI, la mayor parte de nosotros no necesitamos todo lo que tenemos. El hogar estadounidense medio posee más de trescientos mil objetos. Los estadounidenses compran el 40 por ciento de los juguetes del mundo a pesar de que solo tienen el 3 por ciento de los niños del mundo. Cada uno de nosotros adquiere más de sesenta prendas de ropa nuevas cada año, por término medio, y luego tiramos a la basura treinta kilos de textiles por persona. La inmensa mayoría de los estadounidenses —alrededor de un 80 por ciento— ha contraído deudas de algún tipo. Somos adictos a la acumulación.

Ahora que nos hemos dado cuenta de que el progresivo aumento del materialismo de los seres humanos, que se aceleró a partir de la Revolución industrial, está literalmente destruyendo el planeta, el estilo de vida minimalista se antoja una forma responsable de enfrentarse al mundo. Nuestros desechos están taponando los ríos, matando animales y acumulándose en balsas de basura flotante en me-

dio del océano. En realidad, antes de comprar algo nuevo deberíamos pensarlo bien porque, si no es absolutamente necesario, a largo plazo va a empeorar la vida de todos.

No obstante, como ocurre con cualquier etiqueta, hay aspectos del movimiento minimalista que no encajan conmigo. Mi reacción instintiva ante Marie Kondo y *The Minimalists* era que todo parecía demasiado oportuno: basta con que ordenes tu casa o escuches un pódcast para lograr felicidad, satisfacción y paz de espíritu. Se trataba de una solución general tan vaga que se podía aplicar a cualquiera o a cualquier cosa. Podías aplicar el método Kondo a tu armario, a tu cuenta de Facebook o a tu novio. El minimalismo también parecía ser a veces una forma de individualismo, una excusa para ponerte tú primero y decirte: «No debería tratar con esta persona, lugar o cosa porque no encaja en mi concepción del mundo». En el aspecto económico, te instaba a vivir con prudencia dentro de tus propios medios en lugar de perseguir aspiraciones ideales o correr el riesgo de confiar en ti mismo; no era una doctrina demasiado inspiradora. Tal como escribe el arquitecto Pier Vittorio Aureli, la actitud de «menos es más» puede ser una forma de explotación capitalista, que anima a los trabajadores a producir más y vivir con menos, creando así más beneficio para sus patrones a costa de su propia calidad de vida.

Llegué a pensar que el minimalismo no era necesariamente una elección personal voluntaria, sino un giro cultural y social inevitable que respondía a la experiencia de haber vivido la primera década del siglo XXI. Hasta el siglo XX, la acumulación y la estabilidad tenían sentido como formas de seguridad. Si eras dueño de tu casa y de tu parcela, nadie te los podía arrebatar. Permanecías en la misma empresa durante toda tu carrera porque constituía un seguro frente a periodos de futura inestabilidad económica, cuando confiabas en que tu empleador te protegería. Casi

nada de eso tiene vigencia hoy. El porcentaje de trabajadores que son autónomos en vez de asalariados crece cada año. Los precios de las propiedades inmobiliarias son prohibitivos en todas aquellas localidades donde existe un mercado de trabajo potente. La desigualdad económica ha alcanzado las mayores cotas de la era moderna. Aún peor, la mayor riqueza procede ahora de la acumulación de capital invisible, no de objetos físicos: participación en *start-ups*, acciones de bolsa y cuentas bancarias *offshore* pensadas para eludir impuestos. Tal como señaló el economista francés Thomas Piketty, estas posesiones inmateriales aumentan de valor mucho más rápidamente que los salarios. Eso, suponiendo que de entrada seas tan afortunado como para tener un salario. A una crisis le sigue otra crisis; hoy, la flexibilidad y la movilidad parecen más seguras que permanecer estático, otro motivo por el cual poseer menos cosas resulta atractivo.

Ante todo, la actitud minimalista apela a la sensación de que todos los aspectos de la vida se han mercantilizado implacablemente. Comprar objetos innecesarios en Amazon cargándolos a tu tarjeta de crédito, como hiciera Sonrisa Andersen, es una manera rápida y fácil de ejercer algún tipo de control sobre tu precario entorno. Las marcas nos venden coches, televisores, móviles y otros productos (a menudo mediante créditos que hinchaban sus costes), como si estos pudieran resolver nuestros problemas. La propia idea del minimalismo se ha visto mercantilizada a través de libros, pódcast y objetos de diseño, convirtiéndose en una fuente de beneficios.

Así pues, si soy minimalista es por defecto. Dado que crecí en un barrio residencial, que luego abandoné, mi actitud hacia la expansión de los objetos físicos es ambivalente. En el hogar donde pasé mi infancia, en el Connecticut rural, el desorden era un problema constante a pesar de que

la casa tenía tres pisos útiles y un garaje para dos coches. Recuerdo ver a mis padres discutiendo por los lugares donde apilaban montones de papeles, libros y aparatos electrónicos. Esos lugares han dejado una marca visceral en mi memoria: encima de uno de los altavoces del equipo estéreo del salón, en los peldaños de la escalera que conducía al piso de arriba, y en la encimera de la cocina, junto al teléfono fijo. Por aquel entonces no pensaba que fuese culpa de nadie en particular; era como si la marea hubiese subido y luego se hubiese retirado, dejando por todos lados restos esparcidos al azar. Visto desde el presente, es probable que mi hermano y yo fuésemos responsables de buena parte de ello.

Mi primera asociación con el término «minimalismo» no tiene que ver con los bienes materiales, sino con la historia del arte. Ese tipo de Minimalismo, escrito con mayúscula, es distinto de las ideas y productos que ahora se etiquetan como «minimalistas». Me topé por primera vez con el arte Minimalista en las clases del instituto, y luego seguí familiarizándome con él investigando por iniciativa propia en libros de la biblioteca. Me sentía atraído por las pulidas y brillantes superficies del arte de mediados de siglo, tales como las esculturas en metal de Donald Judd, los fluorescentes de Dan Flavin montados en las paredes de las galerías y los serenos lienzos cuadriculados de Agnes Martin. Esa estética severa podía encontrarse también en arquitectura, con los duros ángulos y espacios inmaculados del modernismo de la Bauhaus, tan distintos de los revestimientos de madera y las moquetas de mi casa familiar. El arte minimalista ofrecía una forma nueva e inesperada de ver y ser en el mundo que iba más allá de limitarse a vivir con menos posesiones.

Más adelante, el estilo de vida del minimalismo se convirtió en una realidad para mí. Cuando surgió la crisis económica en 2008 yo estaba en la universidad. Desde más

allá del mercado de trabajo, observé su impacto sobre mis condiscípulos de mayor edad, que no conseguían encontrar trabajo y alargaban sus carreras con posgrados y puestos de becario. Me gradué en 2010. En el último minuto, logré unas prácticas remuneradas en una revista de artes visuales en Pekín. Llené dos maletas, abandoné el país y me mudé a lo que había sido un edificio de pisos para obreros comunistas. Una amiga estadounidense que tampoco encontraba trabajo en su país acabó uniéndose a mí y durmiendo en una cama en el salón. Después me llegó una oferta de trabajo en Nueva York: una web de arte me pagaba dos mil dólares al mes en efectivo por ser su escritor de plantilla. Volví a hacer las maletas. Entre los veinte y los treinta años, y a lo largo de una serie de subarriendos y atestados pisos compartidos en diversos barrios de Brooklyn, mis muebles de Ikea fueron en su mayoría prescindibles y mis posesiones, portátiles. Decoraba cada nueva habitación como si fuese la de un hotel que tendría que dejar a toda prisa.

En el apartamento donde viví mientras escribía este libro, si miraba a mi alrededor eran contados los objetos que me pertenecían. Ni el sofá, ni la cama, la televisión, la consola o la mesa del comedor, que pertenecían a mi compañero de piso. Únicamente poseía un escritorio y una librería que contenía la mayor parte de las cosas que me importaban: libros, papeles, unas cuantas piezas de arte. A menos que seas lo suficientemente rico o lo bastante creativo para poderte permitir mucho espacio, solo hay dos actitudes posibles para vivir en Nueva York: una es atiborrar al máximo un espacio diminuto que acaba por ser insoportable y la otra es vivir como un minimalista. Sin sótanos, sin armarios en abundancia o habitaciones sobrantes para almacenar cosas, has de utilizar continuamente el método Kondo.

Pero se diría que la recesión marcó también el inicio de un momento minimalista más extenso. Con la economía paralizada, emergió una estética de la necesidad. Se puso de moda comprar en tiendas de segunda mano. Lo mismo ocurrió con determinado estilo de sencillez rústica, del tipo representado por la revista de tendencias *Kinfolk*, fundada más o menos por la época del *crash* y con sede en Portland, Oregón. Tal como mostraban, quizás demasiado bien, sus fotografías de enfoque suave, organizar un pícnic al aire libre con tus amigas, ataviadas con mantones de estilo campestre hechos por ellas mismas, salía bastante barato. Brooklyn estaba lleno de falsos leñadores que usaban tarros de mermelada como vasos. El consumismo notorio, la ostentación de las décadas anteriores, no era únicamente de mal gusto, era inalcanzable. Este hipsterismo falsamente obrero precedió el retorno al consumismo minimalista de revista que emergió en cuanto se produjo la recuperación económica, preparando el terreno para su popularidad.

Es lógico que los *millennials* adopten el minimalismo. Mi generación nunca tuvo una relación saludable con la estabilidad material. Siempre hay demasiado pocos recursos disponibles o demasiada competencia por los que existen, una situación que afecta no solo a un grupo de edad, sino a un sector de personas más amplio cada año que pasa. A medida que la economía tradicional se desintegra, nos encontramos rodeados de ruido mediático y nuevas plataformas que compiten por nuestra atención, nuestro trabajo y nuestro dinero. La estabilidad ya no es el valor básico.

Mi propósito al escribir este libro era comprender dónde se originaba la idea de que menos podía ser mejor que más, tanto por lo que respecta a posesiones, estética o percepción sensorial como en cuanto a la filosofía con que afrontamos la vida. La insatisfacción con el materialismo y con las recompensas que la sociedad ofrece no es algo nue-

vo, y revisando cómo esa insatisfacción había recorrido cíclicamente los siglos anteriores, cómo artistas, escritores y filósofos habían lidiado con ella, averiguaría qué era lo que valía la pena preservar. Oscilar entre la austeridad y la extravagancia es estresante; encontrar la raíz de nuestra ansiedad material tal vez lo haría más llevadero. Quería descubrir un minimalismo de ideas más que de cosas, no centrarme en la obsesión por tener posesiones o carecer de ellas, sino cuestionar nuestra experiencia cotidiana de existir en este mundo.

Pero trazar la historia cronológica del minimalismo es un enfoque demasiado causal para abordarlo. Sus ideas no han seguido un camino o una evolución lineales; se trata más bien de un sentimiento que se viene repitiendo en diferentes épocas y en todas partes del mundo. Podría definirse como la sensación de que la civilización que te rodea es excesiva —te abrumba física o psicológicamente— y ha perdido algún tipo de autenticidad original que debería recuperarse. En momentos así, el mundo material deja de tener sentido, y por lo tanto acumular más y más es menos atractivo que renunciar a cosas y aislarse, ya sea literalmente —convirtiéndote en un eremita o en un nómada— o a través del arte. No existe en inglés ninguna palabra que consiga captar esta sensación persistente de sentirse abrumbado y alienado a un tiempo, y tal vez eso explique que el término «minimalismo» se haya generalizado tanto.

Empecé por pensar en este sentimiento universal como un anhelo de menos. Es un deseo abstracto, casi nostálgico, la llamada de un mundo diferente, más sencillo. Ni pasado ni futuro, ni utópico ni distópico, este mundo más auténtico se encuentra siempre un poco más allá de nuestra actual existencia, en un lugar que nunca conseguimos alcanzar del todo. Quizás el anhelo de menos representa la sombra constante de la duda que la humanidad alberga so-

bre sí misma: ¿Y si resulta que estaríamos mejor sin todo lo que hemos adquirido en la sociedad moderna? Si los accesorios de la civilización nos dejan tan insatisfechos, tal vez sea preferible su falta y deberíamos abandonarlos para lanzarnos en busca de una verdad más profunda.

El deseo de menos no es una enfermedad ni una cura. El minimalismo es simplemente una forma de plantearse cómo hacer la vida mejor, aunque se trata de una estrategia particularmente útil frente a la escala y el ritmo sobrehumanos de nuestra época.

El que el minimalismo carezca de una historia coherente es debido en parte a su naturaleza, que de forma instintiva tiende a borrar sus propios antecedentes, como si con cada repetición comenzase de nuevo. Al fin y al cabo, si sus partidarios admitiesen que se basan en un referente o que están reviviendo una tradición del pasado, no parecerían tan minimalistas. Sin embargo, no importa dónde o cuándo emerja el minimalismo, en él se advierten determinadas cualidades recurrentes. Cada uno de los cuatro capítulos que componen este libro trata de una de ellas y examina cómo se manifiesta. La mejor manera de captar el deseo de tener menos es a través de la textura de las vidas de quienes lo practicaron, de lo que estos crearon y de lo que inspiraron. Cada una de las personas que aparecen en este libro buscaba su propia versión de esta idea, lográndolo en ciertos aspectos y fracasando en otros. Examinar las diferencias y similitudes entre ellos hace posible que cada cual trace su propio camino a través del concepto del minimalismo.

El primero de estos aspectos comunes es la reducción, la búsqueda de la simplicidad prescindiendo de cosas y apartándose de ellas, algo que han propugnado desde los filósofos estoicos hasta los actuales adalides del orden. El segundo es el vacío, el estilo visual austero de la arquitec-

tura modernista estadounidense de Philip Johnson y del arte minimalista como el de Donald Judd, que ha inspirado las tendencias minimalistas en decoración de hoy en día, pero que también aporta ideas más profundas acerca del control del espacio. El tercero es el silencio, el deseo de proteger nuestros sentidos frente a un mundo caótico, pero también las posibilidades radicales del sonido que encontramos en las obras de compositores como Erik Satie, John Cage, o en el menos conocido Julius Eastman. El capítulo final trata acerca de lo que yo llamo «sombra», la aceptación de la ambigüedad y de lo azaroso de la vida o del destino, que procede de la filosofía budista y de la estética japonesa, que los occidentales hemos ido adoptando gradualmente durante los últimos dos siglos y que constituye las raíces más hondas de las tendencias minimalistas. Las lecciones que nos brindan estas cuatro facetas del minimalismo no son las que, en un principio, cabría esperar.

Cada uno de los cuatro capítulos se divide en ocho secciones que tratan de personas, ideas o artefactos concretos, desde cuadros a sinfonías, ensayos y edificios. La estructura del libro es como una cuadrícula o un espacio por el que se puede deambular, abarcando toda una gama de experiencias. Mientras realizaba mi investigación experimenté con la privación sensorial, viajé al desierto de Texas para ver las viviendas a escala industrial de Judd, sondeé las profundidades del aburrimiento en el Museo Guggenheim y visité jardines de rocas en Kioto. La relación que estos ejemplos tienen entre sí procede no solo de sus similitudes sino también de los espacios vacíos que hay entre ellos, las diferencias en cuanto a práctica o pensamiento que se pueden observar en cada objeto, artista o pensador. Quédate con aquellos que te produzcan felicidad.